

EL PUESTO DEL *HOMO* EN EL COSMOS

José Ramón Villalón Sorzano
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico en Ponce

Resumen

El ser humano, como la mayor parte de las especies animales, consta de dos “géneros sexuales” de igual importancia en sus funciones. Es, sin embargo, útil aclarar los varios sentidos de algunas palabras utilizadas en el desarrollo del tema. El Homo Sapiens debe ser considerado como el Ser con las propiedades más excelentes del Universo. Las etapas del Universo pueden resumirse en dos momentos: el de las fuerzas de la inercia, a la que se añade la de la auto-eco-organización. Una tercera etapa, especulativa, podría llevar a situaciones incalculables, no previstas por Darwin.

Palabras clave: Homo, Género, Especie, Auto-eco-organización, Principio Antropológico Cosmológico

Abstract

The Human being, as most of the animal species, appeared as composed, sexually, of two genders: masculine and feminine which are equally important in their respective functions. Their study must, nevertheless elucidate a number of terms that we use to explain the facts. The Human Being is considered in this paper as the utmost creature of the Universe. The story of the Universe comprehends a first lapse of time with the sole force of inertia, and appearing afterwards the epoch of auto-echo-organization. It is partially speculative to suggest a third epoch, with almost unimaginable consequences, never visualized by Darwin.

Key words: Homo, Gender, Species, Self-eco-organization, Cosmological Anthropological Principle

Consideraciones preliminares

El título de este ensayo imita, de propósito, el del famoso librito de Max Scheler (1874 – 1928) escrito en el último año de su vida. Solo he sustituido en la versión española del nombre del mismo, que leía *El puesto del Hombre en el Cosmos*, y lo he cambiado ligeramente aquí, mediante la introducción del latinismo *Homo*, en el actual título de este artículo, para leer “*El puesto del*

Homo en el Cosmos”. Con este artificio evito usar una palabra que se refiere, la mitad de las veces, a varones, para hablar de un grupo que es la mitad de las veces también conformado por mujeres. Es una licencia, no prevista por la gramática española, (en cuanto ésta usa también la palabra *Hombre* como incluyendo varones y mujeres en muchas ocasiones) que me he atrevido a tomar para acomodarme de alguna manera al espíritu de nuestra época, sin incidir en

“pecados” de gramática. Simplemente, me abstendré de usarla yo en este sentido, recurriendo en tales casos a la palabra en latín. Mi licencia se preocupa por asegurar algo que está muy en el deseo de gran grupo de personas de hoy, que quieren asegurarse de que damos igual rango y valor, en todos los órdenes, incluso en el número de veces que usamos palabras en femenino frente al número de palabras usadas en masculino. Queremos así mostrar el igual interés que damos a la mujer que a los hombres de sexo masculino. Ambos sexos pertenecemos a una y la misma especie, aunque tenemos características de género (sexual) diferentes, pero de igual dignidad e importancia para la reproducción y para otros temas de gran importancia.

En Lógica, y por lo tanto, también, por ejemplo, en la famosa clasificación de Linneo, casi cada especie de seres vivos, sobre todo en el caso de los animales, tiene dos géneros: masculino y femenino, en una cantidad o número parecido de individuos, tanto en un género como en el otro. Aquí, curiosamente, coinciden dos sentidos de la palabra género: *el sentido gramatical*, y *el sentido biológico*. En ambos sentidos, por cierto, las “especies” suelen contar con un número de individuos que es casi el doble de los individuos que hay en uno solo de sus dos “géneros”. Pero en la lengua, las ambigüedades no faltan: Género y especie pueden tener, y tienen aquí, un uso, sentido y extensión diferentes.

Lo que se llama en lógica, en todo tipo de clasificación, el género máximo (o también cuando usamos el concepto del género próximo), vocablos que no tienen que ver, en sí, con el sexo, sino con el Ser, o sea, con lo designado

con una palabra que se refiere a la clase de objeto de pensamiento que tiene la mayor *extensión* (y menor *comprensión*), es decir, se refiere al mayor número de objetos de pensamiento – de hecho, en este caso, a *todos* los seres – se divide en especies de seres, y por ahí para abajo... El género “*flor*”, por ejemplo, incluye miles de especies: rosa, lirio, clavel, miosotis, azaleas, margaritas, etc., las cuales, dentro del género *flor*, tienen diferencias *específicas* o sea, son diferentes en cada especie. Lo *general* es siempre más amplio que lo *específico*.

Pero en el tema del sexo, (en el cual se usan los mismos vocablos con diferente significado) es más amplia la “especie” (de ser) que el género (sexual del mismo), pues toda especie suele tener dos géneros, mientras que, como apuntado antes, en la clasificación lógica, siempre es más amplio el género que la especie.

En gramática se le da mucha importancia al género: masculino y femenino, independientemente de su referencia, o falta de ella, al sexo como *actividad* o como *condición anatómica*. Pero el género gramatical de la palabra es independiente con respecto a esta afirmación. ¿Por qué la cuchara tiene que ser *femenina* en español, y *masculina* en alemán; mientras el tenedor es *masculino* en español y *femenino* en alemán?). Y los nombres de ambos objetos, por su parte, son *neutros* en inglés. En inglés, aun las palabras (los artículos) para nombrar los seres sexuados son, ambas veces, un “*the*” neutro: *the woman*; *the man*. Estos *artículos*, en esa lengua, tampoco tienen plural: *the men*, *the women*, y pueden carecer de artículos: *men*, *women*. Esto nos muestra cierto rasgo y grado de arbitrariedad en la gramática de las

lenguas, y, por lo tanto, su poca importancia para entender el mundo.

Como introducción a un artículo de la naturaleza, podemos prescindir de ocuparnos del caso en que la lengua da más importancia o extensión al género que a la especie –como en lógica– y circunscribirnos a estudiar el caso de las clases *animales* en cuanto a su reproducción (dejando de lado, de hecho, la consideración de fenómenos más diversos que hay en las *plantas*: hibridismo; reproducción asexual).

Vemos, pues, que hay casos en que, al hablar de género y especie las diferencias son importantísimas, en gran número de sentidos, cuando hablamos de la experiencia de vivir como humanos. Otras veces (pero no cuando hablamos del valor de las personas, o de vivir como hombres y mujeres) podemos pasarnos de esas sutilezas, sin meternos ahora en los casos más complicados en que entran, por otros motivos, la psicología y la antropología.

La convención por la que me he decidido esta vez –y no pocas veces en otras ocasiones – a fin de dejar de lado la gramática general, es “*inventar*”, aunque solo sea por esta vez, que el latinismo *Homo* se tome como designación válida para los dos sexos, mientras que limitamos por nuestra cuenta (artificial y arbitrariamente) el vocablo *hombre*, usándolo aquí sólo para el sexo masculino, cosa que no es la regla en español ni en muchas otras lenguas. Así pues, estamos dando por excepción un significado a la vez masculino y femenino a la palabra latina *Homo*, pero no a la palabra castellana *Hombre*.¹ Eso podría a veces ser útil en lenguas como el español, al no tener la

flexibilidad que tiene en ciertos casos, por ejemplo, la lengua alemana, y también la holandesa, en las cuales “*Mensch*” (*holandés “*mens*”) –se refiere a los dos géneros, y otra palabra: “*Mann*” solamente al varón humano. Tal duplicidad de vocablos falta en muchas lenguas: falta en efecto también en las lenguas francesa, española, portuguesa, catalana, italiana, inglesa, y otras, que recurren al artificio (*primero*, con toda seguridad, actuado por los hablantes naturales, y *sólo luego* regularizado, “legislado” o convenido por sabios gramáticos) de que palabras de género gramaticalmente masculino puedan ser consideradas de género “*no marcado*” en cuanto a sexo, pudiendo referirse con la misma palabra a uno y al otro sexo, o si así lo necesitamos por las cosas a las que en determinado momento estamos mencionando, en otro sentido, igualmente sólo al género masculino. En cambio, el vocablo *mujer* está siempre marcado como femenino. Como se ve, esto es así para muchas lenguas, casi seguro sin que en ello haya sido así por la iniciativa arbitraria de los gramáticos.

“Sideraciones” liminares

Empiezo ahora por explicar mi uso de una palabra: La palabra *consideración*, que he usado en el título del apartado anterior, palabra que tiene como raíz etimológica el término *sidera*, que en latín se refiere a las estrellas o a los complejos estelares. Por eso, dicha palabra, en uno de sus significados, tiene que ver con “pensar en grande”, a la altura de las estrellas. Estos eran los pensamientos necesarios anteriores a la entrada en nuestro tema más preciso: eran *preliminares*. Era un campo *pre*.

Ahora, en nuevo apartado, atravesamos los “límina” de esa

introducción y nos encontramos en el umbral (donde hay ya sombra: latín *umbra* del templo, o “fanum”); o sea, ya estamos en parte del *templo*, símbolo del objeto mismo de nuestro estudio sobre una (¿nueva?) condición del “Homo”. Me siento contento de que sean estos, los pensamientos que se han estado considerando no sólo en los continentes más adelantados, sino también en nuestro medio local puertorriqueño. En una serie de conferencias organizadas por profesores y personal de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, en Ponce, se ha estado considerando el tema acerca de cuál será el futuro del *Homo* en el Cosmos.

Esto equivale a darle a la especie *Homo* un puesto todavía más excelente en el Universo, llamado *Cosmos* en vista de su orden y grandeza. Estas conferencias locales se refieren ahora, en este caso, al *Homo fuuturus*, aunque para cierto tipo de pensadores, se está ya simplemente en la situación, quizás, de que el *Homo* actual deje ya atrás su modo actual, incompleto, de ser. Consideremos (¡Otra vez cerca de alturas siderales!) que una de estas facetas de novedad, apoyadas en las tendencias (quizás las más atrevidas de la ciencia moderna) hablan hasta de una “posible” *desaparición* (¿parcial?) del fenómeno de la muerte... (¿Se trataría todavía de la especie HOMO?: ¡Consideración importante!

Recordemos que se tardó miles de millones de años a partir del famoso *Big Bang*, para que (pasado un primer y un segundo cuarteto de miles de millones de años) por fin, en el tercer cuarteto de miles de millones de años, apareciera la vida, y que más bien, desde entonces hasta ahora, la *única* dirección normal e inexorable de todo organismo

vivo –y precisamente para los seres con las más altas funciones– es, ultimadamente, hacia el deterioro y la desintegración. Pero se toma ahora en serio, gracias al adelanto de la ciencia, la posibilidad de que, con técnicas científicas, se logre cambiar esta tendencia, y la *vida* sea, al menos para parte del género humano, también permanente para algunos seres individuales. (Es indicativo que las bacterias no tienen la misma relación inexorable con la muerte que nosotros).

La manera, cambiada drásticamente, de qué significaría vivir en esta nueva Realidad, ha despertado la idea de que la figura tradicional del HOMO habría quedado “*enana*” ante el cambio drástico de lo que la Nueva Realidad significaría. El HOMO –por su carácter percedero actual y el supuesto futuro alterno– dejaría de tener, en el propósito libre –su mayor excelencia actual– la nueva relevancia máxima de que su aparición se identificaría, todavía más claramente, con la finalidad de todo el proceso del Cosmos. El Cosmos existiría *para que* apareciera el *Homo*. (En otras palabras: ya todos pensaríamos que lo más importante en el Universo es un ser llamado HOMO, cosa en la cual yo actualmente creo, pero no todo el mundo científico en este momento acepta). Este es un tema central en el libro de John D. Barrow y Frank J. Tipler: *The Anthropic Cosmological Principle*, de 1986.

Ni el *desde siempre* único Ser total de Parménides, ni desde el inacabable Cambio de Heráclito, ni desde la aparición del Espíritu en el HOMO serían ya, los únicos parámetros más plenos de una nueva Realidad.

Un elemento de ese cambio que no ha sido hasta ahora claramente

tomado en consideración es la interrogante acerca de la universalidad del proceso de alcanzar una vida perenne, para la Humanidad entera, y consecuentemente, para la capacidad del planeta Tierra de sustentar un género humano mucho más numeroso si la muerte no es inexorable, o como alternativa, la capacidad de abandono masivo de este planeta hacia otros hábitats².

El problema que parece plantearse como central para estos actuales ideadores es si esta nueva situación de existencia habría entonces de considerarse como un cambio aún más radical que el sucedido cuando se produjo el cambio de una existencia simplemente sostenida en la inercia (la del mundo simplemente físico) y se pasó a un segundo tipo de existencia de un complejo Universo cuyas realidades estuvieran, como ahora, divididas entre la simple inercia y la auto-eco-organización propia de los seres vivos: ahora, con la supuesta eliminación de la muerte, permanente en este momento para la mayoría o la totalidad de los seres vivos.

Antes de entrar en el estudio de la posibilidad de este cambio tan radical e hipotético en la Realidad, digamos que los pensadores que se interesan por estos horizontes han sido precedidos ya por varios movimientos que no podemos ignorar.

Uno que se presenta para algunos como una vertiente esperanzadora es el *Übermensch* de Nietzsche. Para este pensador, la generalidad de los HOMINES no llega a vivir como tales: hay que sobrepasar sus características, que deberían ser otras. La mayoría de la Humanidad no es digna, y por lo tanto,

no debería contar. *Übermenschen* pueden ser unos pocos, y tienen que despreciar a los que no lo son. Nietzsche, sin embargo, no pensó en la eventualidad de una vida imperecedera. El grupo Nietzscheano, según ciertos expositores, tiene algunas seme-janzas inevitables con los que piensan en razas puras y predestinadas: no se dirige a toda la Humanidad.

También las Democracias, por su parte, se han creado una idea del liberalismo basada en variaciones del nacionalismo, incompatible, al parecer, con un verdadero ejercicio pleno de la libertad para todos. “Democracia”, y a la vez “división en nacionalidades estatales”, le pareció a alguien como Karl Marx una situación insostenible a largo plazo. Por eso su idea de la necesaria desaparición del Estado. De hecho, las naciones –incluso democráticas– son hoy en día unas entidades en gran parte reducidas a ser unas servidoras de sistemas económicos incompatibles unos con otros, acompañados de sistemas de valores cuestionables, acompañables de instintos de agresión y destrucción.

De facto, la especie humana, mirada sobre todo desde su aspecto de construcción de valores, no resultaría ser hasta ahora una Unidad y un Todo. Esto contribuye a que cierto grupo de intelectuales se resistan a concebir la Humanidad como un conjunto existente solamente por azar, y aunque dotado de un trasunto de teleonomía, no como el conjunto dotado de la posibilidad de ordenar el Todo en un sentido que incluya alguna forma de jerarquía aceptable.³ Me refiero a ciertos comentarios de Jacques Monod.

Hay que observar que, de hecho (fuera del pensamiento religioso -en gran

parte influenciado por la primera forma de pensamiento que existió: el pensamiento metafórico-mítico-), la Humanidad ha tardado en concebirse a sí misma, en parte, como un punto de llegada, en que ella —el HOMO y sus circunstancias— resulta ser la instancia más compleja y *per-fecta* que conocemos. Desde el punto de vista de la ciencia organizada moderna, creo poder decir que sólo a partir del año 1986⁴, y gracias en buena parte por el desarrollo de la física cuántica, se dio un paso trascendental para que unos científicos se plantearan —por primera vez sin basarse en perspectivas principalmente religiosas— que el “fenómeno humano”, o “principio antrópico” podría, a lo mejor, considerarse como el punto direccional de crecimiento del orden, de organización, del cosmos. El hecho cierto de que la evolución de lo que existe aparece constreñida en su desarrollo por la emergencia de un sistema de propiedades que van aumentando en número, complejidad y aparición de nuevas funciones, va resultando cada vez más evidente, hasta provocar la interrogación acerca de la solidez y veracidad de la idea postmedieval, carente ésta, sin embargo, de sólidas pruebas científicas, y ahora convicción ampliamente compartida, al decir, al menos, de alguien con la solidez científica de Hans Jonas, o de Ernst Mayr.⁵

La idea de la existencia de un principio antrópico no alcanza aún la altura de un principio científico universalmente admitido, y tiene, a partir de sus principales expositores, más de una manera de comprenderse. Es, sin embargo una propuesta cuya solidez es mucho más real que las novísimas propuestas, como éstas del transhumanismo, metahumanismo y ultrahumanismo,

recientemente presentadas, de configuración del cosmos. Sin embargo, no parecen haber sido incluidas ni por una minoría significativa de los que tratan de dar consistencia, al menos en nuestro medio, a las nuevas teorías. Al parecer, estas nuevas teorías tienen un norte — hasta ahora menos considerado por la ciencia moderna en nuestro siglo XXI: otra manera de plantear la pregunta de Scheler: el puesto que el HOMO tendría en esta nueva manera de considerar el Cosmos. En efecto, si bien se trata de sugerir que estamos entrando en una nueva etapa cosmológica, es una manera que parece reconocer que hasta ahora, la especie HOMO no habría llegado a su etapa propia y desarrollada, sino a una etapa intermedia después de la decena larga de especies que se han denominado Homo.

De paso, hay que decir que nos hemos metido en este berenjenal antes de haber decidido cosas como la consideración de que el llamado Homo Neanderthaliensis (u otras como los denisovanos) no es sino una subespecie del Homo Sapiens, y uno cuyas características no son la base principal de la existencia del Homo Sapiens, y las cuales tienden a disminuir en número e importancia en las poblaciones sucesivas conocidas.

Esto quiere decir que, hasta cierto punto, hemos decidido ocuparnos de un aspecto parcial de la evolución antes de ser capaces de decidir problemas de más alcance.

El interés actual está todavía en el puesto del Homo, pero sin haber establecido firmemente ni su posible preeminencia actual, ni trabajar en la manera de presentar el principio antrópico, en sus diferentes acepciones,

presentadas sin preferencia una sobre otra (“principio antrópico fuerte”, principio antrópico débil).

Un camino práctico para examinar los términos extremos de la Realidad (aunque supone el abandono o el estancamiento de ideas que suponen el dar su puesto a estudios genéticos) podría consistir en analizar algunos de los términos que en latín o en griego nos hablan de los extremos de la Realidad. Este es un camino que ha comenzado a ser utilizado entre nosotros. Quizás los tres sufijos más significativos para hablar de un nuevo desarrollo de seres fueran los sufijos *ultra*, *trans*, que son de origen latino, y *metá*, de origen griego.

El uso del sufijo *post* ha sido ya usado para referirse a una etapa todavía posterior, en la cual el Homo actual habría llegado a un momento todavía posterior al que se referirían los tres anteriores: *trans*, *ultra* y *metá*.

Varios importantes diccionarios etimológicos consultados arrojan para cada uno de los tres primeros una pluralidad de significaciones bastante compartida. Una de esas significaciones que ocurre para las tres es el sentido castellano de “más allá”, pero que ciertamente no se refiere específicamente o únicamente a un trascender simplemente espacial.

Una compilación nada exhaustiva en varios diccionarios en diferentes idiomas mundiales arrojó una relativa sinonimia, como la aquí presentada:

“**trans-**”: más allá; al otro lado; de un lugar a otro; por encima; a través; el hecho de haberse completado un cambio.

“**Metá-**”: entre; que sigue; detrás; hacia atrás; más allá; cambiado; cambiante; después de; detrás; cabalmente; con.

“**Ultra-**”: más allá; en exceso; alterado; iterativo, con otredad; superior; extremo.

Conclusión

En la perspectiva del principio antrópico cosmológico, la figura del HOMO adquiere, pues, una inmensa proyección. La aparición de éste en el Universo se revela como la razón para que el mismo exista, y no el azar. La teoría darwiniana de la “selección natural” perdería parte de su encanto. ¿En qué sentido – ¡no metafórico! – se puede decir que la “Naturaleza” “decide” o selecciona? ¿Es la “naturaleza” en algún sentido un Todo racional? Se espera que algún día el conjunto del grupo HOMO se pueda considerar un Todo que se auto-eco-organice. La aparición del *propósito* en en la última etapa de la evolución – la aparición del HOMO y su posible constitución como un todo no es una conjetura, como lo es el que la naturaleza “selecciona”.

NOTAS

¹ Este no es el caso de las gramáticas normales en varias lenguas. Estas dicen que la palabra Hombre tiene un significado que puede en algunos casos incluir solo a los varones, pero puede también incluir en otros casos tanto a varones como a mujeres. No dejaría de ser una pérdida de riqueza y de belleza, y también de honorificencia, tanto para el latín como para el español, limitar el significado de vocablo tan venerable como el que designa al ser más espléndido de la Naturaleza, y excluir para el mismo en *todas* las ocasiones la referencia (del sentido o significado) a los individuos de género femenino. ¡Que no se pueda dar nunca el

supremo apelativo de *Hombre* a la Mujer... ¡Es como negarle a la mitad de una especie, (que lo es, por ser genuinamente parte de ella) su pertenencia a al género máximo que la incluye! Como explicaremos a continuación en el texto, muchas lenguas – entre ellas todas las nuestras – han recurrido a la distinción de que el vocablo masculino sea considerado como “término *no* marcado” (en el sentido sexual) para algunas ocasiones, mientras que para otras se sobreentiende que incluyen un sentido sexual también sin mayor explicación, para el género femenino. (¡Si ese no fuera el caso, nunca, para el término *hombre*, podríamos entonces incluir a la mujer en el lugar biológico que le corresponde!). Los términos gramaticalmente femeninos, al contrario, están *siempre* marcados por la referencia a lo femenino: esos términos son exclusivamente “de ellas”. Este recurso al concepto de que hay términos *marcados* en cuanto al uso del término para un solo sexo, y otras veces no, permite un ahorro invaluable en el número de palabras que se necesitan para explicarse, recurso que llamamos la “parsimonia”, esencial para el lenguaje, Pero ciertos feministas protestan de que tal recurso hace resaltar más a un género que a otro. En realidad, no es así: no es el sexo, o el órgano genital, lo que hace resaltar a un género más que a otro; no es su masculinidad o feminidad; sino que es la energía, la fuerza, el poder, los grados de influencia, de esos hombres

y mujeres, existentes hasta ahora, los cuales han abundado más a menudo entre los varones, quizás por el aplastante poder de lo físico en un mundo no tan evolucionado) mientras la Humanidad – en tanto que Humanidad – no haya llegado aún a su completo desarrollo – para lo cual se necesitaría la valoración íntima y total de lo femenino. Hasta hace poco, las cualidades masculinas eran más efectivas para muchas pragmáticas (no para todas) que las femeninas. Los varones domina-ban” la Tierra. Ya no, o ya menos... Esperemos que un cambio llegue pronto y la diferencia genital y sus corolarios no tengan la preponderancia que ahora tienen.

² Debido a limitaciones de elementos de subsistencia en nuestro planeta para una población que sería mucho mayor.

³ Otra perspectiva: la de incluir la idea moderna de que no existen seres como los ángeles y demonios, que en sus explicaciones actuales no tienen la común relación de origen de las otras realidades (excepto en las buenas teorías filosóficas de pensamiento que niegan su verdadera existencia)

⁴ Fecha ésta de publicación del libro de de John D. Barrow y Frank J. Tipler: “The Anthropic Cosmological Principle”.

⁵ Esta idea está destinada a reemplazar, a mi parecer, la expresión de Darwin (lingüísticamente de carácter metafórico, y por tanto radicalmente inexacta) de la “selección” (aunque indirecta) por la Naturaleza.

